

## La odisea del pueblo judío

—Envío del autor—

¿Qué dirá la historia acerca del pueblo judío, dentro de unos diez siglos? ¿Dirá muchas cosas, y entre esas múltiples cosas estará ésta: de que el pueblo judío realizó la maravilla biológica humana más prominente de la tierra.

¿Quién no los ha perseguido y cuándo no lo fueron? El martirio de este pueblo es tan viejo y permanente como el género humano. Es una raza que nació ya en el cautiverio, en la persecución y la ruina. Yendo vagabunda en busca de una tierra que no pudo nunca encontrar, dejó por doquiera, con la sangre de sus sacrificios, la estela de luz de sus inmensas virtudes. Ha sido el tipo clásico de la permanencia etnológica. Ha mantenido la integridad de su sangre con la misma acerada firmeza con que ha mantenido la integridad de su espíritu. Aventada, dispersa, reclusa, mezclada, en cualquiera condición donde el odio de las gentes extrañas la colocara, ella se ha sostenido inalterable, dueña de sí misma para no olvidar su orgullo ni renunciar a sus seculares aspiraciones de desquite. ¿No fueron estos descendientes de Israel quienes, disfrazados por una voluntad que era mitad espanto y mitad esperanza, se apiñaron en las carabelas que venían a América? La tierra se estremecía bajo sus pies: el viejo hogar del hombre los excluía: tienen fe, se echan al mar y Dios les da un nuevo mundo.

Sin embargo el mundo sólo ve en ellos a los hombres a quienes se debe destruir. Como no se les quiere, no se les mira en sus virtudes sino sólo en sus errores. Y como siempre están en casa ajena, ellos no tienen sino su silencio para responder a la maldad de los demás hombres.

Se preguntan para qué sirve esa raza. Y basta ponerse en el plano del modesto sentido común para reconocer la inmensidad de sus obras en todos los tiempos. Una sola época de la civilización no ha pasado sin que ella se apresure a dar su contribución, una contribución que siempre ha cambiado el frente del mundo. De Isaías a Jesús, de Jesús a Espinoza, de Espinoza a Einstein. El mejor madrigal de todos los siglos es una obra de un judío: El Cantar de los Cantares. Homero vese palidecer ante el estruendo de David. Todas las potencias de la maldad humana caen de rodillas al contacto de llamas de una sentencia del Evangelio. Eso ha hecho esa raza a quienes todos quieren perseguir.

Mas no son los hombres cultos los que contra ella trabajan. Casi siempre es el elemento inculto a cuyos ojos la percepción más fácil es la del yerro ajeno. El judío se ha vuelto clásico en el mundo para simbolizar la codicia. Su codicia ha sido su pecado y por ella padece a donde llega a sentar su tienda para llorar su pasado.

¿Qué hay de verdad en esto? Suponed

que todo lo sea. La condición del judío le otorga privilegio para ello. La codicia ha sido su mejor virtud, la virtud que le salvaría de la muerte. La largueza le habría llevado a la destrucción.

Pensad en esto bien. Shylock no estaba en su patria. Los judíos han sido siempre extranjeros, y han sido los extranjeros de siempre. Lejos de su patria, ¿no habrían de ser el elemento exótico? Cuando no había ferrocarriles, ni naves de vapor, ni caminos reales, ya había un pueblo que iba por doquiera y era el único pueblo que iba por doquiera. Todos los pueblos del mundo permanecían en sus propios solares y de ellos salían para la guerra no más. Pero los judíos iban por el mundo, no en andanza de guerra sino en busca de un lugar donde vivir mientras recuperaban su propia heredad. Y así, el romano se diría: ¿quién es ese extranjero que viene? Un judío. Siglos después el español: ¿quién viene a poblar mi tierra? Y así, cada pueblo del mundo veía llegar a un extranjero, y ese extranjero era siempre judío, y a ese judío se le haría llorar el delito de ser extranjero.

A los extranjeros no se les quiere. En tiempos de barbarie inspiraban terror. En tiempos de menor barbarie han inspirado mala voluntad. Y como los judíos pertenecían a una fuente superior, como eran más inteligentes, más hábiles, era natural que inspiraran no sólo mala voluntad sino también odio y envidia.

El extranjero padece, y en el padecimiento, más si lo engendra la pobreza, es cuando se fortalecen las virtudes conservativas del individuo, eso que la masa llama codicia y que es solamente un natural egoísmo y una debida previsión. Los que están en su propia casa se descuidan de los bienes materiales, las más de las veces; saben que están entre los suyos. Los judíos siempre estuvieron en casa ajena y de sus propias virtudes y medios dependió la posibilidad de vivir. Ellos veían siempre el cielo cubierto con nubes de persecución y de odio, y para la tempestad tenían que alistarse. En ese estado permanente su única labor posible era el comercio. La tierra les estaba vedada y vedadas las profesiones elevadas que constituyeron por mucho tiempo segunda clase económica de los pueblos. Tenían, además, que buscarse un medio de vivir que no los atara a una tierra que no fuese suya y que pusiera en sus manos una riqueza que pudiesen llevar doquiera, y por eso buscaron el tráfico, en sus formas diversas de comercio. Para esta línea los capacitaba mejor su calidad de viajeros.

Al traves de los siglos las tendencias se acentúan. Lo que fuera una eventual medida de supervivencia se convirtió en un rasgo capital de la raza. Y el judío representa el tipo superior del cambio comercial

y el tipo supremo del individualismo. El judío hace pagar caro su sabiduría: cobra alto al que no sabe. ¿Vives entre judíos? No seas, pues, ignorante. El judío hace pagar cara su previsión: cobra caro al que no sabe prever las consecuencias del mañana. El judío abre raras veces la puerta para el indigente que va; pero la cierra, siempre, no las abre nunca, al goce libertino que le podría llevar a la cárcel o a la indigencia. Puede el mundo ascender al ideal, despejarse de la tierra en camino del cielo: el judío sabrá apegarse al suelo y salvar los pequeños bienes del mundo. Los otros darán seguridad democrática al mundo: él le dará seguridad económica.

Más arriba del sentido común y ya en los planos de la filosofía hemos de advertir que *todo es bueno*. Las tendencias individuales y raciales no nacen ni se forman caprichosamente: son inspiraciones inflexibles del medio. Hay codicia, y es que el mundo necesita de ella. La abeja, la hormiga, las plantas, son codiciosas. ¿Hay desprendimiento, idealidad, largueza? El mundo reclama esa energía. Por eso nacieron Jesús y Abraham Lincoln. Cada virtud y cada modalidad del espíritu tienen su valor permanente e inconfundible en la economía del mundo. Y la raza judía ha tenido sus modalidades que han servido para ese progreso. Aparte de sus rasgos supremos en el ciclo bíblico, sus aspectos sencillos han sido de gran valor al mundo. Por su previsión egótica ellos hicieron posibles las primeras acumulaciones de capital, cuando el mundo vivía de la mano a la boca, comiendo cuanto iba poseyendo. Por sus viajes se han capacitado para conocer las necesidades de todos y han sido agentes de divulgación y difusión, de intercambio y renovación.

España hizo de mal arrojando al judío lo que Holanda hizo de bien acogiéndolo. El pueblo que había sido secularmente extranjero tenía por fuerza que haber llegado a ser un pueblo comprensivo, previsor, tenaz, valiente, libre de pueriles temores, impregnado de la osadía que salta por encima de los prejuicios y sabe llegar al poder.

Como signo agorero, esta raza ha llevado al seno de otro gran pueblo que admite paralelo con los grandes pueblos clásicos, al seno de los Estados Unidos, el acopio formidable de sus fuerzas creadoras y acumuladoras. El poder judío en los Estados Unidos está influenciando de una manera decisiva en los destinos del mundo. La potencialidad económica está creando allí maravillas. El judío hizo la eficiencia en la distribución de riqueza: el norteamericano está haciendo la eficiencia, o si queréis, la eficacia, en la producción de riqueza. Al sajón que sabía producir, el judío lo ha hecho saber vender y cambiar. A la capacidad del norteamericano para la producción en gran escala, el judío ha sumado la capacidad del cambio y del crédito en gran escala. No se podría decir si ambas cosas